

# I

## NUESTRA HEROÍNA Y SU TRABAJO

El siguiente es el reporte de cierta detective Helen Tame. Yo soy Helen Tame, el que sigue es mi reporte y no es cierto que esta segunda oración no añada nada a la primera. Debo hacer notar desde el comienzo que este Departamento está obsesionado con los reportes y yo no; si tuviera que confesar alguna obsesión sería con la Verdad. La Verdad en sus variopintas instancias, desde las simples pero inviolables verdades matemáticas hasta otras menos claras aunque siempre atrayentes. Cómo es *verdad* que la sonrisa de un niño de tres años es buena de manera inequívoca mientras que décadas más tarde esos mismos labios deban analizarse primero, cómo algunos recuerdos en palabras se aferran a una pieza musical existente y se niegan a apartarse de ella para siempre, pero más que nada cómo la muerte inexplicada de un hombre contiene, sin embargo, una verdad de fondo que puede llegar a descubrirse. Lo que yo hago es hacer estos descubrimientos y después, a causa de la obsesión arriba mencionada, los escribo:

El apartamento al que respondí<sup>pp</sup> era un Manhattan Especial, lo que quiere decir que no se puede creer que un ser hu-

pp A pesar de admitir la naturaleza no convencional de este reporte, intento sin embargo condimentar este recuento con algunas de las locuciones torturadas que se encuentran a menudo en los documentos oficiales de los cuerpos policiales. Así, como arriba, no voy a un lugar, sino que respondo a él con mi vehículo (auto). De igual manera son de esperar menciones bastante copiosas de infractores, víctimas, sujetos, sospechosos, buscados, etc. No diré cuál es el motivo de esto pero en consecuencia le imploro al lector no poner en tela de juicio mi intelecto de manera prematura ni, dicho lector, dejarse disuadir de continuar con lo que promete ser una narración muy estimulante en conjunto.

mano que no esté en la cárcel no tenga derecho a más espacio. Estoy aquí a causa de la sangre, sangre que no tiene ningún sentido. NN está en el piso de la cocina pero el señor NN está tan envejecido de manera obvia y grave, tan adelante en su línea de tiempo personal ahora terminada, que su estatus de *fallecido antes de llegar al hospital* no ocasionaría ningún misterio que requiriera la tentativa y solícita llamada telefónica que recibí si no fuera, de nuevo, por la sangre.

Hay sangre sobre la moldura en el corredor que lleva a la cocina y menos en otros lugares pero no en la cocina. El agente Avery tiene razón y parece contento.

—Me dijeron que la llamara en estos casos, apenas esta mañana, de verdad.

No digo nada porque tengo alguna curiosidad sobre lo que va a añadir. El silencio resultante lo pone nervioso sin que se dé cuenta y dice:

—Anoté el número. Todo el mundo estaba algo sorprendido, ¿bien? Desde el principio dijeron llame a Escena del Crimen, ¿bien?, no toque nada solo llame. De repente hoy dicen llámela *si las circunstancias concomitantes sugieren que el caso va a adquirir un alto grado de notoriedad o si la resolución del asunto va a ser particularmente espinosa*, esta última parte, desde circunstancias concomitantes, mi sargento la leyó en un papel, él no habla así.

Camino despacio por el apartamento y aunque es verdad que puedo poner atención a dos asuntos a la vez, o sea que puedo escuchar el ruido de Avery y también empezar a crear las observaciones y pensamientos necesarios, preferiría no hacerlo para que los pensamientos sean más ricos, y para esto tendré que hablar. Doy la vuelta para mirarlo con fijeza. Sus pupilas se dilatan y se las ha arreglado de alguna manera para aburrirme más. Todavía está hablando.

—Le dije que estaba en desacuerdo, ¿bien? No me malinterprete, es un gran compañero y todo —lo está mirando en el corredor y quizá piense que *gran* es muy fuerte—. Pero le dije que creo que esto es preciso de lo que hablaban esta mañana con esa cosa de las circunstancias concomitantes. Porque creo que eso es sangre, sangre fresca, y sin embargo no parece ser del cuerpo, del difunto, del *ociso* quiero decir.

—Cállese —le digo y se calla. Me pongo los guantes que diseñé hace años, guantes que solo se convirtieron en el estándar industrial cuando yo cedí y permití que les pusieran mi nombre aunque su composición física no cambió en lo más mínimo entre la renuencia y la aquiescencia, y observo un espacio limpio en la alfombra.

—Puede irse ya —añado pero él vacila—. Eso es *lárguese* dicho con decencia.

—Solo que, bueno, no dijeron qué hacer después de llamarla. En otras palabras, ¿por haberla llamado puedo, eh, *obviar* la necesidad de llamar a la Oficina de Escena del Crimen? ¿Tengo que escribir un reporte?

—Seguramente.

—Nada sobre lo que constituye el procedimiento apropiado de aquí en adelante, ¿bien? Estoy un poco perdido.

—Más que un poco diría yo, así que le doy una oportunidad para que avance algo. No le dieron procedimiento adicional porque hasta aquí llega usted. Una vez que me llama y, más importante, que yo llego, yo sola determino lo que *constituye*, como dice usted, el procedimiento apropiado de aquí en adelante. ¿Me entiende?

—Sí.

—Así que le repito la invitación para que acompañe a su compañero en el corredor, luego en la calle, luego en su patrulla, para que continúen ofreciendo servicio y protección.

—Aceptado.

—Bien hecho.

—Permiso para añadir que cuando empecé me dije que si cometía errores serían de comisión y no de omisión.

Pronunció la O durante largo tiempo y yo diagnosticué ambición y sentí remordimiento.

—Hizo bien, oficial —dije—. *Es* sangre y en lugares muy sugerentes, buen trabajo.

Entonces lo tomo por el codo como a un niño, un pecado de condescendencia bastante involuntario que requiere expiación y le pregunto quién es su sargento y le indico que daré buenas recomendaciones, y lo llevo al corredor donde cierro la puerta antes de que el compañero siquiera piense en hablar.

Ahora estoy cansada. Hasta las más mínimas cortesías sociales me agotan y el compromiso de continuar con tales interacciones no ayuda. Camino por el apartamento y recolecto. No toco nada, estoy recolectando observaciones y las coloco en la cabeza. Cuando todas estén bien adentro las ordeno, las conecto cuando sea apropiado, me deshago de lo irrelevante, promuevo lo que sea crítico y comienzo el inefable y enrevesado proceso de llegar a conclusiones.

El apartamento tiene dos espacios en esencia. En uno, una cocina con una nevera y un horno que parecen de juguete se abre hacia los quizá sesenta metros que son a la vez sala de estar y comedor. El otro espacio es la habitación, notable a primera vista más que nada por la ausencia de una estructura para sostener el colchón que está en el piso en la esquina. Un baño con inodoro, lavamanos, ducha finaliza el *tour* y solo me intriga el gabinete de medicinas y eso que no mucho.

No puedo decir lo mismo de otras cosas que he visto, sin embargo. Por ejemplo, el espacio principal tiene un piano que no es malo. El mismo hombre que dormía en el suelo tenía

piano pero no televisor ni computador. Hay un radio, viejo como el diablo, de aquellos que parece que fueron hechos para informar el progreso de los Aliados. Al sofá que está enfrente le quitaron de encima hace poco cantidades de basura. No así a la mesa de centro que parece compuesta de periódicos y revistas. La alfombra va de pared a pared y es dorada con el espacio limpio que ya mencioné.

Voy hacia la cocina y el cuerpo que está en el suelo. El cuerpo está explayado de manera casi prototípica, con el brazo derecho hacia arriba como si esperara que lo llamaran. En la mano marchita un frasco de pastillas abierto, de color naranja y, sobre el piso, pastillas y pastillas en la boca abierta.

El frasco sin etiqueta y las pastillas sin ningún distintivo. La mano izquierda sobre el suelo cerca de la cintura. Camiseta blanca talla mediana y pantalones de pijama, nada más. Dieciocho pastillas en total entre el frasco, el piso y la boca. El lado derecho de la cara sobre el piso así que le pongo un termómetro digital en el oído izquierdo y el sonido y los 27° confirman que ha estado muerto por una hora y cuarenta minutos. Oprimó su muslo izquierdo y evalúo la densidad del fémur. Miro el rostro y le abro los ojos para mirar las enrojecidas escleras.

Tiene más de 100 años; tenía.

Me dirijo al otro lado del mostrador donde me siento sobre una butaca y miro hacia la cocina. Se me olvidó cerrarle los ojos y ahora me está mirando. Lo último que vio fue el linóleo sucio y agrietado pero al seguir sus ojos ahora se puede llegar hasta el sol.

Hay alguien en la puerta. Cuando entran me pongo de pie y me aparto del mostrador. Hay pasos que se pueden seguir para estar en plena vista sin que lo vean a uno, así como es posible seguir a alguien muy de cerca sin que se dé cuenta, siempre y

cuando se entienda el comportamiento de las ondas de sonido y se tenga cuidado de mantener los ángulos adecuados.<sup>pp</sup>

Entra una mujer alta. Lleva a una niña de la mano. Están vestidas con fealdad casi disfrazada y cuando pasan por la cocina apenas echan una mirada al cuerpo antes de entrar al espacio donde estoy yo. Pienso hablar pero decido que no quiero influir sobre los eventos, solo quiero ver lo que se desarrolle en mi ausencia.

Están buscando algo pero la niña solo imita a la adulta sin entender. Tiene nueve o diez años. Después de que la mujer abre y cierra un cajón, la niña lo reabre y lo cierra sin mirar adentro. Acaban y van hacia la habitación con las manos vacías. No me han visto.

En la habitación repiten la misma conducta con el mismo resultado. No dicen nada pero se miran la una a la otra con frecuencia. La mujer acerca la mano a la cara de la niña y con el pulgar le seca la mejilla. Se sientan sobre el colchón, sin decir nada, con las manos juntas. Cuando se levantan la niña sostiene algo y yo, que he estado mirando su rostro sin cesar desde que me enfoqué sobre él, no puedo dar cuenta de la adquisición.

Es un paquete blanco y está amarrado con una cuerda como una caja de pastelería. La niña lo lleva y caminan hacia mí. Decido dejarme ver e investigar, me interesa. Entonces me hago a un lado y ellas pasan derecho. Pasan la cocina. La mujer mira hacia delante mientras pasan pero la niña voltea la cabeza para mirar. Abren la puerta y se van. Me quedo mirando la puerta.

---

pp Esto es un hecho, no una opinión. Para una discusión más extensa sobre los fenómenos aplicables véase, si es posible, el artículo de la doctora Helen Tame “El sonido sin la furia: comportamiento de las ondas de sonido y la audición subrepticia” en el Número 3 de la *Revista de Ciencia y Ficción*, ahora desaparecida.